

bre las aguas del mar, llevaba un pequeñuelo entre los brazos, en quien se absorbía extática; una paloma bajaba volando de misteriosas regiones con un ramo de olivo que simboliza la paz; dos canoros pajarillos bebían en la misma copa regocijados como si respiraran sus plumas y movieran sus alas nuevas milagrosas ideas; hermoso buen Pastor conducía un corderillo de inmaculado vellón sobre los hombros; vírgenes de rodillas y orantes plegaban las manos en señal de santísima devoción y volvían los ojos al cielo retratando misterioso ideal. Y entre los sepulcros cincelados con señales litúrgicas; bajo las bóvedas esclarecidas por lámparas misteriosas; sobre los pavimentos compuestos también por lápidas sepulcrales; al son de las arpas que resonaban todas con sublime resonancia y de los coros que decían palabras sublimes acercábanse al pie de un altar fieles innumerables, y en un cáliz bebían el vino nuevo y de los dedos del sacerdote tomaban un pan que parecía con su virtud aumentarles la vida y robustecerles el espíritu. Así no es mucho que, transportado el César de las cenas de Trimalción á las cenas de Cristo, sintiese aquellos efectos que sentirían cuerpos trasladados en un minuto del polo al trópico, y cayese redondo y sin conocimiento ni sentido en el suelo.



CAPITULO IX

LOS APOCALIPSIS Y LAS SATURNALES

El desmayo sobrecogió al emperador con oportunidad. Sin él oyera lo que nunca podía imaginar le llamaran sus mayores enemigos en los más violentos espasmos del odio y del horror. Naciente la idea cristiana, se aparecía con todos aquellos afectos de oposición irreconciliable que traían las ideas nacientes consigo á la hora providencial de sus primeros desarrollos. Para la obra de purificar aquella sociedad, no encontraban medio mejor que destruirla. E impidiéndoles por completo su doctrina los medios violentos, arbitrados y puestos en práctica por otras sectas, invocaban el fuego de los cielos y creían que se acercaba la hora última y el juicio final de un mundo cancerado por tan corrosiva gangrena. El sagrado libro que contiene todas estas amenazas es el Apocalipsis. Desde los instantes primeros de su vida natural, aquella sociedad cristiana, tan débil de suyo, que se escondía en las catacumbas, como puede un secreto ocultarse y callar en el silencio de la conciencia, acaricia en sus humillaciones la venganza, escribe apoca-

lípticamente su profecía contra la nueva Babilonia, profecía que dice cómo, después de rotos los siete sellos del libro de la vida, después de apagadas las siete discordantes voces de las trompetas estridentes y agudas, cuando ya Satanás ha sido roto y arrojado á los profundos abismos donde hierve la hiel de todos los males, antes de que la nueva sociedad brote como una flor al abrir su capullo y se dilaten los cielos novísimos y se borren los pasos de la guerra que ha corrido hambrienta de matanza por todas partes, jinete en un caballo cuyas crines destilaban sangre y cuyas herraduras trituraban mundos; antes de que todo esto se cumpla, un ángel, mensajero de la cólera celeste, que desciende desde lo alto en las ráfagas de tremenda tempestad, se dirigirá con arresto á la Babilonia impura, á la gran Babilonia envuelta en escarlata, tinta con la sangre de cien pueblos, coronada con el oro arrancado á las cajas de cien reyes, que embriaga tristemente á los hombres con el rojo licor de sus concupiscencias y ella misma se embriaga con el fluor vertido de las venas del inmenso martirio, y desarraigándola de la tierra, como el huracán desarraiga una encina muy fuerte, la sumergirá en océano sangriento con el monstruo de las siete cabezas, cuyas siete lenguas profieren siete maldiciones contra Dios, y habrán muerto los escándalos del paganismo, y cesarán los rumores de los festines y los ecos de las cítaras con las flautas y los cánticos voluptuosos que de sus labios, empapados en el sensual beso de los placeres, exhalan los poetas coronados de flores; y sólo se oirá, cuando los cielos se arrollen como un pergamino y los soles se apaguen y en pavesas se disuelvan, el hosanna consagrado por todas las jerarquías celestes á Dios en alabanza y loor á este acto de su tremenda justicia.

El trono, levantado sobre un arco iris en que Dios relumbra como colosal rubí; los veinticuatro ancianos, vestidos con togas blancas como partículas de nieve y coronados con áureas coronas como rayos de sol; las siete lámparas misteriosas, colgantes de lo infinito y nutridas por siete soplos del Espíritu divino; los querubines y serafines que se agitan en aleteos incesantes y pulsán sus liras etéreas; los monstruos asirios en forma y con aspecto de leones ó águilas; el trueno que retumba por todas partes y el rayo que relampaguea y fulmina; el trisagio entonado por los videntes

en sobrehumano éxtasis; el cordero de Dios y el volumen misterioso de los siete sellos se mueven alrededor de un Anti-Mesías, de un Anticristo, especie de Luzbel, no angélico, más bien humano, quien hace que los hombres se degüellen unos á otros con encarnizamiento y dejen de sí una inmensa carnicería, cuyo hedor apesta los aires y extermina los pueblos; que la tala entre por los campos, assolándolos hasta no dejar una cinta de hierba ni un fruto regalado; que el hambre debilite y enflaquezca los hombres con sus estragos; que la muerte reine, como un vacío y negro sol de telarañas, en cuyas hebras se prenden y enredan los orbes convertidos en granizo; y que todo vuelva de nuevo al vacío seno de la nada. ¿Y á quién atribuían todos estos terribles ministerios los cristianos? Pues á Nerón.

Imaginaos con cuál oportunidad vino el desmayo que aterró de un modo espantoso á la pobre Acté, pues nada tan fácil como un sermón cuyos acentos maldijeran al Anticristo y revelaran en esta personificación de todas las maldades un verdadero símbolo del emperador Nerón. Cuatro cristianos sacaron al desgraciado epiléptico de aquella situación y lo condujeron al jardín y retiro de Acté, donde los cuidados y las atenciones de la pobre neófito, que cometiera tan grande temeridad por convertirlo, concluyeron á la postre devolviéndole vida y sentido. Cuando Nerón volvió en sí, á pesar de sentirse como mareado y de que todo rodara en torno suyo, volvió de nuevo á las andadas, é intimó por última vez á la pobre asiática el mandato de retornar al antiguo amor y rejuvenecer las antiguas caricias. Negóse á ello en absoluto Acté; y Nerón, que no quiso llevar á sus últimos extremos la violencia, en parte por el respeto que la sierva le inspiraba, y en parte por la esperanza de nuevos goces con Popea, dejóla en paz, bien ó mal de su grado, y se resolvió, en vista de aquella resistencia invencible, á recomenzar su premeditada conquista. Volvió, pues, á su palácio con dos ideas muy decisivas: primera, pronta reanudación de sus relaciones con Popea sin rival ninguno, y toma de posesión del trono sin tutela de Agripina y sin rivalidades ó competencias con Británico. El amor y la muerte ocupaban alternativamente su alma y le impellían á sendos pensamientos y á sendos afectos opuestos, por la necesidad absoluta de contrastes que sentía siempre y á la con-

tinua su naturaleza de artista. Así puede asegurarse que los proyectos acariciados en aquella crisis eran tres; primero y principal, refrenar el poder de Agripina; segundo y no menos grave, conseguir el amor de Popea; tercero y último, deshacerse de Británico por cualquier medio. Hemos puesto entre los últimos este plan y acaso debiéramos ponerlo entre los primeros. ¡Caso rarísimo de hipnosis!, como ahora se dice. Aquella especie de mágico ensueño por que pasara; el eco de las voces místicas que traían de los cielos y de los misterios consoladoras nuevas; las nubes de incienso que subían en espiral á lo alto; el centelleo de las lámparas que penetraba en los abismos del espíritu; la cena religiosa donde las almas se desceñían de los cuerpos; ora fuese por lo poco preparado que Nerón estuviera de suyo á comprenderlo con claridad, ora fuese por lo perturbado de sus nervios y por lo neurótico de su compleción y por lo extraviado de su carácter, es lo cierto que le habían dejado la huella tan sólo de una pesadilla, en la cual pesadilla no veía otra cosa que la conjura de Británico y de su corte contra la corte y la persona y el trono de Nerón. Así, después de todas las emociones sufridas en aquel viaje á lo profundo y de todos los ataques epilépticos experimentados; su pensamiento y su voluntad se reconcentraban en este doble fin: hacerse con Popea y deshacerse de Británico. Poca distancia en él entre la idea y la voluntad. No concebía un proyecto en su inteligencia, cuando ya lo realizaba en el hecho y en el espacio; como á lo mejor, del hecho y del espacio se retraía, dando un salto mortal á los ensueños y las imaginaciones.

Para distraerse, trazaba borradores de cartas dirigidas á Popea y esbozadas de la siguiente suerte: «Yo quiero que seas Penélope de este tu rendido Ulises, y que te defiendas del marido con quien ahora vives y del mismo con quien deberás mañana vivir, de Othón, encargado, no de poseerte, sino de guardarte, para que nadie te posea, como se defendía Penélope de sus requiridores y pretendientes. Conozco que tus dedos no están acostumbrados á hilar ni á tejer, y que inútilmente pediría hoy á tu divina ociosidad una tela como la inacabable tela de Penélope. Mas piensa en mí, que harta ocupación te dará este pensamiento; y créete que ninguno de mis rivales podrá ofrecerte las ventajas que yo, ni echar á tus pies los

presentes que podré yo echar, pues no me cabe mi corazón en el pecho, ni mi amor en el corazón. Antes que hayan pasado cuatro lunas por el cielo, estarán unidos nuestros cuerpos en el mismo tálamo cual cariñosísimos esposos. Ya me pongo á contar, y mira que los amantes sabemos contar, el tiempo que nos separa de esta unión. Cada grano de arena que se va en el reloj y se lleva lo presente y nos acerca lo porvenir, me quita una montaña del pecho. De rodillas quemó incienso á diario en los altares de todas las divinidades para que los dioses te guarden y te prosperen la salud. Yo conozco muy bien cómo eres de burlona y escéptica, por lo cual quizás no des crédito con tu asentimiento á lo dicho por mí con tan ingenua sinceridad. Te juro por mis abuelos, todos dioses, que en cuanto hayas realizado el indispensable divorcio de tu marido y unídate al guardián que pondré yo allí para celar tu vida y tus actos, nos uniremos por medio de un himeneo natural, más legítimo que todos los himeneos civiles y religiosos. Pero que mi amor inmenso no se vuelva en demérito á tus ojos, cuando es á la verdad un grande mérito, pues las mujeres soléis querer poco á quien os quiere mucho. Pero mi mayor esperanza nace de este mérito. Si tú lo desconoces ó lo rehusas, ¿qué será de mí? Dándote todo mi ser cesáreo en plena propiedad, te doy algo como el dominio luminoso de Júpiter y el dominio obscuro de Plutón reunidos. Los besos de amor se juntaron en los labios, y se juntarán en los senos las lágrimas de regocijo. Yo sobrepongo en estimación al nombre de emperador del mundo este otro nombre, que con tanta justicia me darás ahora, el nombre de apasionado amante tuyo. Si necesitas que los llantos de mis ojos ablanden la peña de tu pecho, puedes contar con un diluvio que dejará atrás el célebre de Pirra y de Deucalión. Yo recuerdo la primera vez que te vi. Una guirnalda de rosas ceñía tu frente, una túnica de lino flotaba sobre tu cuerpo, llevabas en la mano una cítara de oro y en los ojos un rayo de armoniosa inspiración. Me pareciste Venus en persona. Así me adscribiste á ti, como está el cuerpo adscrito al espíritu, que diría Séneca. Y quien manda tiránicamente á todo el mundo, te suplica de hinojos á ti que le correspondas con tu amor su amor. Y amándome, ni siquiera puedes temer que un dios adverso te persiga, porque hasta los dioses son cortesanos de Nerón. Yo necesito ya

tener quien á mí se parezca en el mundo, quien me continúe, quien recoja mi herencia; y esto no podré nunca obtenerlo de Octavia, que no se acerca, ni se puede acercar, á mi tálamo. Imposible comprender que Octavia se llame mi esposa, cuando sólo es mi hermana, y te llames tú mi amiga, cuando eres mi esposa. Así presiento que te han los cielos reservado el destino de perpetuar en lo porvenir el nombre y la sangre de Nerón. El primer hijo que tengamos lo consagraremos á las divinidades sublimes de nuestros abuelos en Grecia. Entraremos bajo aquellos arcos de laureles, siendo yo Júpiter sin veleidades y tú Juno sin celos. La tierra me debe su paz, el mar su seguridad, el cielo su esplendor; y sin embargo, no aspiro á más premio que tu cariño, ni quiero ya más imperio que el imperio sobre tu ánimo. El vencedor de todos se declara vencido por ti; el dueño de todo, súbdito de ti; el dios sobre todos, consagrado á ti. ¿Qué triunfador tuvo entre sus despojos, como lo tienes tú sola, todo un Nerón? Eres más que Hércules, porque sólo tuvo Hércules el león de Nemea. No creas más dulce la raza de los animales que la raza de los césares. Domar como has domado á Nerón, ¿qué trabajo hercúleo á este comparable? Lo mismo de ti me acuerdo en la noche, cuando el cielo está lleno de estrellas, que al despertarme por la mañana, cuando el suelo está cubierto de rocío. Yo mando sobre Roma; pero no mando sobre mi cólera. Y te digo esto para mostrarte que prefiero envés la muerte misma en un veneno, al desdén asesino en tu carta: furioso de no merecerte, llegaría seguramente á matarme ó á matarte. Pero yo he adivinado que me amas; pues muchas veces, cuando en casuales encuentros he topado contigo, al clavarte mis ojos, he visto en el rubor de tus mejillas colorarse de suyo el interno incendio de tu amor. Y tengo yo algo superior á esta figura que te conmovía y entusiasmaba; tengo mi voz de oro, á la cual todo se suspende, hasta lo inanimado, y á la cual todo se emboba para encantar la vida; como tengo unos discursos para regalarte á ti el oído, los cuales únicamente pueden por sus bellezas de idea y sus armonías de forma compararse con los versos de mis composiciones y con la melodía de mi música. No quererme sería no admirarme. Y bien sabes cómo yo aun tolero que no me quieran, pero jamás toleraré que no me admiren, cuando me diera el cielo tantas coronas de poeta y de músico, superiores

á mi corona de César, y por las cuales debe suspirar una joven como tú, admirable y admirada Popea. Si me amas, envaneceréme como el vencedor so los arcos de triunfo, y compartirás mi soberbia; si me desamas, lloraré como un verdadero niño; mas niño y todo, nunca te perdonaría, sobreponiendo á mi bondadoso natural de artista la desgracia mi perverso natural de tirano. Yo te creo amante; no me salgas pérfida, porque uno y otro nos veríamos heridos de la divina cólera, por la perfidia tú, yo por la credulidad. Asegúrote que cuando yo cobre la posesión absoluta del poder, tras la cual ando, el epitalamio dulce resonará en tu corazón satisfecho; arderán las antorchas nupciales encendidas por nuestras manos; y la flauta del dios Pan celebrará en sonidos campestres sin fin, juntamente con el idilio de nuestras bodas, la dicha de nuestro amor, en el cual ardo, como arde una campiña fresca, si el Euro abrasador la castiga y azota, nutriendo y aumentando con soplos ardientes el incendio de sus mieses. Los dioses te han hecho para los placeres del amor y te han destinado á mi vacío lecho. Músico yo como Apolo y de vida embriagadísimo como Baco, si aquél amó á la hija de Alfeo y éste amó á la hija de Gnois, yo te amo á ti sobre todo y ante todo en el mundo. Si yo quisiera, créelo, hacerme amar, las nereidas del mar, las náyades del arroyo, las ninfas del campo vendrían á buscarme todas, convirtiendo el alto Palatino en gruta de sus amores, y Venus misma dejaría el helénico mar en busca mía, ó acaso me llevara en los brazos suyos á la concha de nácar opalada en que al universo entero hechiza y enamora. Hubiera querido callarte una pasión tan exaltada como esta pasión mía, en espera del momento feliz destinado á sentir y saborearla sin miedo y sin rivales. Después que hayas recibido esta carta, no tendrás inconveniente alguno en recibirme á mí también; y después que la hayas devorado con tu vista, no tendrás inconveniente, no, en devorarme á mí con tus besos. Premio extraordinario y sobrenatural casi, pero merecido y justo. Un César se parece mucho á un piloto en las tempestades que le cercan y en las tormentas que le amenazan. Pues como el piloto requiere un puerto en todo viaje, requiere á Popea el César en todo deseo. Y cuando pienso que otro mortal te posee, mientras yo suspiro por ti, pierdo el seso completamente y rabio de celos con esa furia devasta-

dora que sólo conoce mi pecho. ¿Qué me importa llenar un trono si está vacío mi lecho? ¿Qué me importa poseer el mundo si en mis barbas tu esposo posee el cielo? Esta reflexión me hiere profundamente. Y esta herida no se curará sino después que pueda llamarte á boca llena mujer mía y emperatriz conmigo, porque no intento yo un crimen, intento un matrimonio. Tus ojos me han dado la esperanza; no me la quiten tus labios. Yo tiendo á tus pies mis manos suplicantes. ¡Quién puede gloriarse, como tú, de tener un César por esclavo! Yo mismo heme á ti encadenado. Remacha mis voluntarias cadenas con tus manos y átame al lecho de tu alcoba para siempre, como el can vigilante que tienes atado hasta su muerte á la entrada de tu palacio. Me llamo cien veces perro y esclavo, ¿no querrás llamarte ama de quien así á tus caprichos se rinde y prefiere tu látigo á su cetro? Me has clavado tantas flechas con tus ojos en mi pecho, que no puedo arrancármelas y necesito el bálsamo de tus lágrimas con el cauterio de tus besos para cicatrizar tantas heridas y restañar tanta sangre. No pudiendo manifestarte de otra manera mi amor, escribo, escribo, escribo, sin saber ya, tras tanto escribir, ni qué te diga, ni qué me diga. Perdóname, y premia el delirio patentizado en la incoherencia de mis palabras con el galardón de tu amor.»

Así hubiera continuado de seguro el César, si no interrumpie su privado de aquel momento, su predilecto, su abominable Tigelino la faena.

—¿Has hecho todo cuanto te he dicho?— preguntó el César.

—Todo—dijole su parásito.— Los romanos únicamente vivimos para nuestros emperadores.

—Y hacen bien, perfectamente. Con este gran ejemplo de disciplina en lo alto se arraigan los hábitos abajo de disciplina, sin los cuales no podría el culto imperial sostenerse.

—Así componéis el mundo á vuestra imagen. Cuando le duelen al emperador las tripas, le duelen al Imperio. El día que señales un alimento con tu preferencia, lo tragarán hasta los mismos á quienes les repugne, y el día que te purgues, de saberlo tus súbditos, se purgan todos.

—Por eso la corte y los cortesanos deben mirar mucho lo que hacen, pues no pudiendo al emperador acercarse las gentes, acér-

carse á los suyos, á sus familiares, á sus domésticos, y los imitan y los siguen.

—Eso hay que contárselo á tanto griego como te rodea.

—¿Quieres decir á mis libertos?

—A tus libertos quiero decir.

—Pues ahora no hay tantos como bajo Claudio entre mis familiares. Los libertos comenzaron á encargarse desde los tiempos del divino Augusto de toda la corte. Mecenas le dió al primer emperador este consejo. Ya en tiempo de Calígula casi todos los cargos eran para los siervos emancipados, liberalidad agravada en tiempo de Claudio. Tenemos de cortesanos á los libertos, para humillar y fustigar á los nobles. Así, vale más una corte compuesta de grecistas que un senado compuesto de patricios.

—Y luego—añadía Tigelino, abundando en el pensar de Nerón,— como siempre, tenéis aquí un mosaico de todos los pueblos: la sagacidad y astucia de los orientales, el arte cómico perfecto y la elocuencia continua de los griegos, las gracias y chistes de los sirios, la incisiva causticidad de los egipcios, hasta la sabia economía de los judíos; todo aquello que han esparcido y separado los dioses por el mundo.

—Dueños del mundo—añadía Nerón—los romanos emperadores, al mundo le pedimos esclavos, no sólo para que nos sirvan, para que nos instruyan acerca de sus respectivos países.

—Y así, poco á poco, el Estado se va convirtiendo en propiedad de todos y dejando su carácter especial romano que tanto le distinguiera y le calificara un tiempo.

—Mas, para contrastar tales influjos, contamos con amigos como tú, de cepa clásica y de poder moral sobre mí, superior al que puedan ejercer todos los libertos del mundo.

—Tú me llamas el amigo de por vida, el compañero de tus placeres, el guardián de tu persona y las gentes me llaman el parásito.

—No hagas caso de las gentes. En su ignorancia no comprenden la necesidad que tenemos de ciertos servidores y el bien que nos hacen sus servicios. Te tiran á muerte; pero tú tienes un escudo inmenso, que es Nerón. Perdona si divierto á otro mayor objeto que las habladurías romanas tu ánimo, y perdona que te pregunte si ves á Popea y con Popea frecuentemente hablas.